

P. 5467

EL VIEJO VERDE

CRÓNICA MUNDANA



Redacción y administración: Factor, 4, entresuelo. :: Apartado de Correos 515 :: Teléfono 3.951

16 páginas, 5 céntimos
25 ejemplares, 75 cts.

MADRID, 23 AGOSTO 1914

Se publica los domingos
Año I :: Número 9



El.—¡Pero, mujer; que pierdes los pedales!...
Ella.—¡Ay, hijo; es que no me acostumbro a tener este chisme entre las piernas!

Biblioteca Regional de Madrid





LA GUERRA

Nuestras artistas y las subsistencias.

ACABA de demostrarse, o, mejor dicho, todavía se demuestra—pues que el asunto no lleva traza de acabar—que una guerra más o menos europea produce casi tantos estragos como una invasión de artistas de *variétés*.

Lean ustedes, si para ello tienen paciencia—que tal vez no la tengan—, los telegramas de nuestra Prensa. No hay capital, pueblo ni aldea en donde la guerra haya dejado de perturbar el *modus vivendi* de sus moradores.

En todas las partes del mundo se ha subido el pan y se ha acabado el carbón.

Ambas cosas acaecen al arribo inesperado a una localidad de una *troupe* o de un simple *duetto*, en lo que los *duettos* puedan tener de simples, ya que, como es sabido, los *duettos* son compuestos (compuestos de dos).

En los pueblos de menor cuantía, la llegada de una fregona vestida de lentejuelas hace que se suba el pan inmediatamente. A ello contribuye el apetito de la madre o persona caracterizada de su compañía.

El agotamiento del carbón es también inmediato.

Todo Dios se pone que echa lumbre, hasta que el alcalde del lugar echa a la artista y... ¡se acabó el carbón!

Claro que las guerras, lo mismo que las mencionadas damiselas, traen muchas más turbaciones.

Los fletes se realizan en malas condiciones, porque los barcos, temerosos de una o varias averías, no se hacen a la mar.

Se producen trastornos en las librerías porque la gente, aglomerándose, acude a comprar mapas. Con las artistas es de más utilidad adquirir gramáticas; pero, aparte de que las hay que saben latín, no faltan algunas que obligan a sus prometidos a que se proporcionen mapas; eso, sí, regalados. Luego les salen a éstos a la cara los mapas.

Las patatas, que antes de la guerra o de la llegada de la artista *cundían la mar*, y hasta se les extraía la fécula, ahora cuestan un triunfo y sólo pueden emplearse como aditamento a un cabritillo, o, según el gusto de las cocineras del país, para confeccionar las manoseadas tortillas.

Pues no les pregunten ustedes nada a las honestas señoras matrimoniadas dentro y aun fuera del casco radio de la población.

Para ellas, tanto se las da por la fuerza como por lo demás, es decir, por el advenimiento de una cancionista. El resultado es que se quedan sin maridos.

Poderoso caballero.



La mamá.—¡Buen mico nos ha dado ese marqués de pega!

La hija.—Tu avaricia ha tenido la culpa. ¡Hazle caso! ¡Déjale que se arrime!... y luego resulta que todo eso era falso: las alhajas, el auto, hasta la...

La mamá.—¡Bueno, hija, bueno!...

Y digo yo: ¿No es una triste gracia que porque a media Humanidad se le ocurra romperse la crisma no tengamos nosotros *con qué comer*? ¿No es otra fúnebre gracia que porque a una malos pelos se le antoje irrumpir en nuestra villa veraniega no tengan nuestras mujeres *con qué dormir*?

Pues ni las guerras llevan trazas de terminarse ni tampoco las honorables damas del *couplet* se acaban, sino que se multiplican.

Y así tenemos soldados por todas las fronteras.

Y cupletistas baratas, muy baratas, tiradas como quien dice, hasta en el Buen Retiro.

De lo que se infiere que son ellas las únicas beneficiadas con que el problema de las subsistencias se complique, pues de esa manera los espectadores no vamos a poder tirarlas patatas...

Y los concejales, si se las tiran, será porque les costarán a bajo precio, en su calidad de municipales.

César Jalón.

.....
"LA FORNARINA,"

—Y diga usted, Consuelito: ¿Cómo se las arregla usted para ser cada día más guapa? —¿Le parezco muy guapa de verdad? —La fama de su belleza es mundial. —¡Pues, hijo, no está usted poco adulator que se diga! —Nada de adulación, y si usted fuera una buena amiga me contestaría a esta pregunta: ¿Cómo se las arregla usted?

—Pues, hijo mío, cuidán-dome bien y poniendo un poco cuidado en elegir esos productos de tocador que la química nos prepara para nuestro embellecimiento.

—Pero lo que emplee usted para conservar esa lozanía del cutis debe ser algo maravilloso y carísimo.

—Pues no; es bien conocido y baratísimo: Los polvos Borotal, que se venden en la farmacia y laboratorio de F. Bellot, Hortaleza, 17, en Madrid, y, asómbrese, ¡ja una peseta veinticinco céntimos la caja!

Gedeón se ha consagrado a la vida galante, y ayer decía muy satisfecho:

—¡Esto marcha a pedir de boca!

—¿Has hecho ya alguna conquista?—le pregunta un amigo.

—No —contesta Gedeón—; pero me han dado ya dos bofetadas.

AMALITA ESCACENA



Debiera llamarse Gracia del Mundo, porque Amalita es la gracia personificada en una madrileña andaluzada, que hace que tengamos *la cabeza a pájaros* todos los hombres de buen gusto. Muy pronto empezará a cantar *couplets* para alternarlos con sus bailes, con esas *bulerias* que ella baila, dando a su cuerpo de gitana las más graciosas actitudes.



No nos gusta escuchar, ¡lo juramos!; pero hay momentos en que no se puede resistir la tentación (¡que lo digan las que van al cine!) y caemos en el pecado (como las del cine).

Hace pocas noches tomamos nuestras acostumbradas posiciones—que es lo único que tomamos todas las noches—en el café Colonial. Pedimos a Pedro la carta, y al ver en ella paella le ordenamos al servicial camarero que nos la sirviese.

La paella del café Colonial es un plato que nos ha permitido, en muchas ocasiones, el lujo de invitar a cenar a las amiguitas. Es abundante, sana y variada de ingredientes. El ideal en materia alimenticia del gran Leopoldo Bejarano.

Pensando en este tremendo escritor, suponíamos lo que haría con las mujeres a su paso por Roma, que sería muy poca cosa, pues conocidas son de todo el mundo sus escasas fuerzas para poder entretenerse mucho tiempo en ejercicio con romanas.

De pronto llegaron a nuestros oídos dos nombres, que tienen la virtud de sublevar nuestro sistema nervioso: Quijano, Escribano .. y nos pusimos a escuchar. La causa lo merecía, y lean ustedes lo que oímos:

La Escribano estuvo esperando a que saliera Belmonte de Valencia tres días. La Resure, por su parte, que se malició la espera, terminó un día antes su contrato y encargó a Raffles arreglara el asunto.

En efecto, Raffles, que es mas vivo que el hambre, cogió los billetes camas en el mismo departamento que el trianero, y consiguió que mientras la Quijano y él vinieron a Madrid acompañados del torero, la Escribano viajaba aburrídita en compañía de su familia.

Y para que vean ustedes hasta dónde llega el talento y la discreción de Raffles, básteles este detalle:

A la media hora de salir de Valencia le acometió tal dolor de cabeza que tuvo que acostarse.

La Quijano y Belmonte hicieron todo el viaje asomados a una ventanilla.

Hace pocas noches nos encontramos al fenomenal *Silvela* por la calle de la Montera, acompañando a una linda mujercita.

—¡*Silvela!*—exclamamos.

—Sí, señor; el mismo *circunscripto* y gráfico que acompaña a esta *getaira*, como dice el doctor Bombarda.

—¿Es que esta señorita se ha enamorado de ti?—preguntamos.

—¡Cal, no señor; es que me acompaña *andova* el *Silvela* pa que no me pesque el *Cubano*, ese agente que no nos deja parar en la Puerta del Sol

Eugenio Lodorniz miró a la mujercita, como diciendo: ¡Ingrata! Deja que se lo crean.

Don Procopio.

Tiene razón.



¿Pero por qué no me dejan que tenga novio?
¿Quién me va a besar entonces?

¿DE QUE ARTISTA SON
ESTAS FIERNAS?



DONAIRES CAMPESTRES

Creación de la notabilísima artista
LA ARGENTINITA - Música de J. Aroca.

I

Un zagalillo alegre y placentero
un beso me pidió, con osadía,
al cruzar con mis vacas el otero.

Y al punto le dije
no me satisface:
nunca digo toma,
siempre digo dame.

II

Otro zagal, por el florido mayo,
con torpe afán y acento malicioso,
atrevido, me dijo... lo que callo.

Y yo, presurosa,
dije, por burlarme:
nunca digo toma,
siempre digo dame.

III

Si al confesarme a condenar comienza
el cura los empleos amorosos,
le contesto, temblando de vergüenza:

En esas andanzas
vence quien más sabe:
nunca digo toma,
siempre digo dame.

Jerónimo Gómez.

Entre artistas de „variétés“

El empresario de X es de lo mejor que hay.

—¡Pues mira que más bueno que el de Z! Con decirte que nos ayuda a ponernos las mallas a las que las usamos.

—Eso no me asombra, porque el que te digo llega dos horas antes de la función, y con una paciencia de de santo se viste y se calza, una por una, a todas las artistas.

—¿Cuánto ganas ahora?

—Si quieres que te diga la verdad no sé lo que gano por trabajar en el escenario, porque el empresario me lo da *todo* englobado...

La artista.—Yo no puedo trabajar mañana a las doce y media, porque se marcha a esa hora mi marido.

El empresario.—¡Bah, pues si se marcha a las doce y media, a la una ya estás trabajando!

EL VIEJO VERDE



LA PENITENCIA

HABÍA sido un día de esos del mes de agosto, en que en todas partes, pero especialmente en Andalucía, el sol parece se propone abrasar cuanto está al alcance de sus rayos.

Esperaron a que cesara algo el calor para levantar las tiendas de campaña, y carretera adelante se dirigieron, llenos de júbilo y contento, a La Guardia.

Las mujeres, en este pueblo, acostumbran a compartir con los hombres las penosas y rudas tareas de la siega, formando con ellos parejas, y éstas, a su vez, colonias, que durante el tiempo que el trabajo dura no regresan al pueblo.

Con esta vida, los fulgores del sol y la poca o ninguna vigilancia por parte de los encargados, pasan el tiempo agradablemente, en compañía de los jóvenes, ocurriendo, casi siempre, que cuando estos destajos (como los llaman) terminan, hay alguna boda precipitada y no pocos noviazgos.

Por las noches, después de cenar, se entregan a los juegos de prendas, al corro o a bailar y cantar, hasta que el encargado suspende la fiesta, que, casi siempre, es contra la voluntad del elemento joven.

Esta es la vida que hacen hasta que, terminada la siega, vuelven al pueblo, donde su primer cuidado es ir a la iglesia para confesar y dar gracias por a ver terminado con bien.

Aquella tarde fué cuando terminó la cuadrilla del tío Jorge, donde se destacaban por su hermosura Juana, muchacha de dieciocho años, morena, con ojos negros y grandes, boca sensual y ademanes un tanto desenvueltos; y Luisa, también morena, de poca más edad, pero menos viva.

La primera en ir a confesar fué Juana, que lo hizo de tal manera que hasta hubo de decir que uno de los mozos, cuando jugaban al corro, se agarraba a su mano y le apretaba más de lo corriente.

El clérigo, que al principio se mostraba satisfecho, al oír esta declaración cambió de actitud, y después de recriminar duramen-

te su conducta por tolerar semejante atrevimiento, le impuso de penitencia, como único medio para absolverla, que había de tener la mano que le cogiese metida en la pila del agua bendita por espacio de quince minutos.

CLARASOL



Baila muy bien, es guapa y muy agradable. Clarasol: si no fuera porque nosotros estamos enamorados como unos borricos, te rogaríamos una mirada de las tuyas para nuestro uso particular. ¡Eres guapa!



Ella.—Hasta que no me pidas perdón, no me verás la cara.

El.—No me importa, porque por detrás no eres ninguna tontería.

Supongámonos el rato que la pobre muchacha pasaría pensando en los comentarios poco favorables que sus compañeras harían al verla; pero no le quedaba otro remedio, y se dirigió en busca de la piletta redentora.

Tenía la mano metida como le había dicho el cura, y con la otra, cada vez que se abría la puerta, procuraba cubrirse la cara para evitar ser conocida. Así lo hizo varias veces; pero en una de ellas todo fué inútil. La que acababa de entrar era su amiga y compañera Luisa, que, al verla, se dirigió hacia ella.

Tan pronto como estuvo a su lado le preguntó cuál era la causa de tener la mano en el agua tanto rato.

Juana, con voz turbada, le contó lo ocurrido, y no bien hubo terminado cuando Luisa se volvió hacia la puerta, dejándola estuperfacta.

Al ver que se marchaba no pudo por menos de suplicarle:

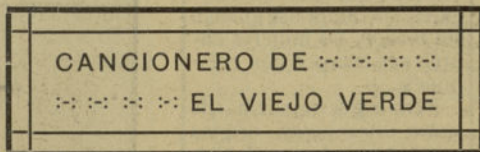
—¡Mujer, no se lo digas a nadie, que esto a cualquiera le ocurre!

Luisa sonrió socarrona, y le contestó:

—¡No tengas cuidado, tonta, que yo lo que voy es a avisar a mi casa para que no me esperen a comer, porque estoy viendo que a mí el señor cura me tiene hasta la tarde dándome baños de asiento!

El pequeño de la casa.

Agosto, 914.



¡JARRE ALLÁ!

Pasa-calle-canción. Música de Don Felipe Orejón.
Creación de la encantadora y notable artista
AMALITA ESCACENA

I

Los *mositos* de mi tierra,
flor de romero me llaman,
y al ver mi porte y sandunga
me ofrecen, con *durse* labia,
almendrados de canela
y cotufas y *arvellanas*.

Y si *arguno* se propasa,
yo le digo: ¡jarre allá!,
y le dejo las narices
desfigurás.

II

Por mis clisos nazarenos
muchos se *jasen saranda*,
y *tos se quean ar punto*,
cogios por las entrañas,
cuando ven bailar por chuflla
esta *jembra* sevillana.

Y repico los palillos,
y les digo: ¡jarre allá!
y se *quean* con el alma.
achicharrá.

Jerónimo Gómez.

CANTAR

Tienes corazón de roca
y acciones de criminal;
estás viendo que me muero
y me dejas de mirar.

Léanse con interés los anuncios telegráficos de
EL VIEJO VERDE: Una peseta las diez primeras
palabras; cada palabra más les cuesta a ustedes
un sentido.

AL OIDO...

Las consecuencias de la guerra

La guerra es el peor mal de todos los conocidos. Sus consecuencias son siempre terribles. Arruina los pueblos, lleva el dolor a los hogares, los campos se quedan sin brazos, las mujeres cubren sus cuerpos con crepones...

Pero la guerra, además de todas estas cosas, origina sucesos muy desagradables, y si no que lo diga Clara.

Clara puede que no lo diga, porque sólo dispone de tiempo para llorar; pero como me lo ha contado ella, yo os lo referiré a vosotros:

Clarita, que debutó hace dos o tres años en un salón de *variétés*, era una niña tan hermosa y bien formada como mala bailarina. Su éxito como mujer fué extraordinario; tan grande, que poco después desaparecía.

Anteayer la vi. A pesar de su cara de tristeza, sus veintiún años hacían resaltar la belleza *insolente* de su rostro de nácar y la figura airosa de su cuerpo de amazona de carnes duras y apretadas.

Me reconoció. Hablamos, y entre cucharaditas de un mantecado que saboreaba, relamiéndose con gestos felinos, dijo la bella:

—Desaparecí de Madrid con un señor *bien*, hombre con tantos millones como años.

En París, Clarita tuvo un *succès* definitivo, y como aunque muy jovencita era previsora y reflexiva, pasado el tiempo, nuestra compatriota consiguió reunir unos cuantos miles de francos, representados por unos papeles de la Deuda francesa, que la aseguraban una existencia tranquila y regalada y—¿quién sabe?—un casamiento por amor.

La ambición la retenía en Francia. Quería llegar a los 200.000 francos de capital, y cuando se hallaba próxima



UN MEDICO A



El médico.—¿Y dice usted que esto es una mordedura de víbora?
La mujer del naturalista.—Sí, doctor; una víbora de la colección de
El médico.—Esto se hubiera curado muy bien con la lamedura de un
Ella.—¡Ay, eso de la lamedura lo hemos probado! ¿Verdad, Rosita?



de mi marido, que se escapó ayer.
un perro, inmediatamente después de producida la mordedura.
a?

a ver realizado su sueño dorado, he aquí que surge brutal la guerra, y con ella el pánico bursátil.

Clarita pudo llegar a la frontera gastando en la aventura casi todos los luises que tenía para el gasto del mes. A San Sebastián llegó con 91.000 francos en papel de la Deuda francesa y unos treinta o cuarenta relucientes luises. También tenía en su pequeña cartera ochocientos o novecientos francos en billetes...

En San Sebastián, gracias a los luises de oro—conviene recalcar, no sea que los maliciosos piensen que fué mi propósito hablar de otros luises—, pudo Clarita vivir unos días; pero el tiempo pasaba, las noticias eran cada vez más inquietantes y los billetes franceses y el papel de la Deuda francesa parecían a la cuitada papel mojado.

Por eso se vino a Madrid, a su Madrid, y aquí lee con avidez las noticias de los periódicos referentes a la campaña, porque piensa que su pequeña fortuna—amasaada sólo ella y Dios saben a costa de cuántos sudores—pende de un combate fortunado o de un encuentro adverso a los franceses.

Entretanto, ve desaparecer con horror los últimos luises.

Por un momento pensó dedicarse de nuevo al baile; pero su fracaso anterior la ha hecho desistir.

Tal vez quiera ahora ganar honradamente aquí pesetas por el procedimiento que en Francia le hizo ahorrar tanto franco, sólo que los tiempos están muy malos y hay mercancías valiosas, que por el exceso de oferta o por la carencia de numerario, y también por la llegada de competidoras que vienen huyendo del teatro de la guerra y de las playas francesas de moda, la lucha será terrible y la ganancia escasa.

El problema es fatal. Hay que decidirse, y por eso Clarita desde anteaer fre-

cuenta los sitios concurridos y sonríe a unos y a otros, cuando en realidad, por su gusto, estaría en el cuarto de la casa de huéspedes llorando.

Mientras vemos en qué para esto, el caso de Clarita se repetirá tanto, que en vez de una excepción constituirá la regla general.

Las consecuencias de la guerra que enciende a media Europa las pagaremos nosotros, porque Clarita y las mujeres de su clase son como los soldados cosacos en campaña: viven del país en que operan...

J. Larios de Medrano.

UNA CONQUISTA

—Fernando... ¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo? ¿Qué pesares te afligen? ¡Dimelos, que yo, como siempre, los mitigaré con mis caricias!... ¿No escuchas?... ¡Si supieras cuánto me haces sufrir cuando ignorando la causa de tus enfados pienso que ya no me quieres como antes..., no me martirizarías! Contesta... ¿No soy tuya en cuerpo y alma?... ¿Qué más quieres de mí?

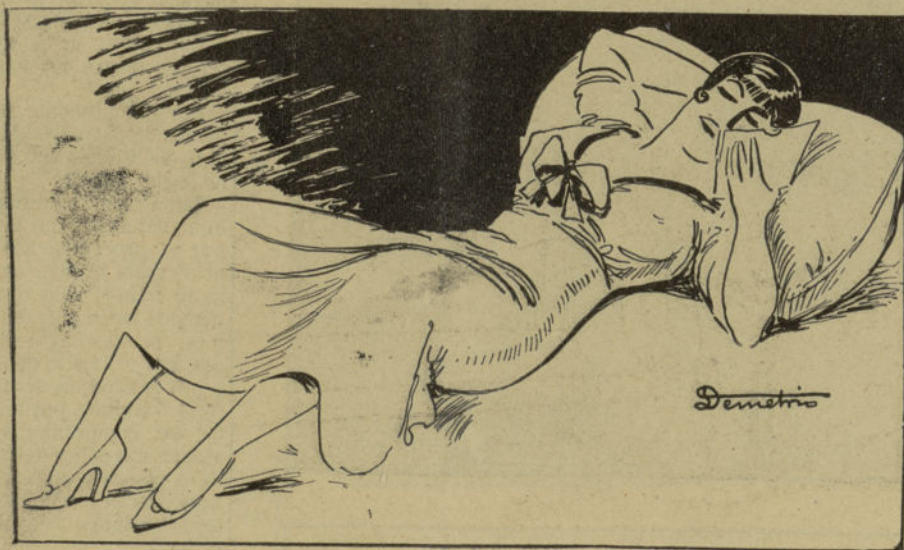
—¿Que qué quiero de tí? Lo que tú no puedes darme, porque no lo sientes..., porque no lo conoces!... ¡Amor! ¡Sólo amor!...; pero desinteresado de apetitos carnales! Escucha: ese vicio, que te embriaga y aniquila, te hace creer que me quieres; pero te engaña. Esa sed de placer que sientes te convierte en una de tantas mujeres cuya finalidad no es otra que vivir lúbricamente. ¡Pero no, Pura; no es eso!... ¡La vida hay que embellecerla!... ¡Hay que idealizarla espiritualmente!... dejando a la materia el lugar secundario que la corresponde!... Me dices constan-

temente que no quieres a tu marido, y no te creo..., porque estoy persuadido de que sientes por él lo mismo que por mí. Es decir, ¡hay una diferencia!..., y es que conmigo saboreas el peligro que tiene todo lo prohibido y te entregas con más libertad a tus excesos sensuales. De forma, querida mía..., que estoy dispuesto a que terminemos esta noche para siempre. Ya lo sabes, ¡para siempre!, la dije tendiendo la mano con intención de marcharme. Como siempre, me lo impidió echándome los brazos al cuello y besándome con frenesí, mientras me decía zalamera: «¡No te marches, nenín mío!... ¡Te quiero como a nadie!... ¿No te lo dicen mis ojos? ¿No lo ves en todo mi sér?» Y me apretaba contra sus pechos plétóricos de vida, mientras yo me dejaba vencer voluptuosamente y pensaba que llevaba dos años queriendo dejar aquellos amores que habían de serme funestos y no podía conseguirlo.

Dos fuertes golpes dados a la puerta vinieron a turbar nuestro idilio. ¡Yo no respiraba por no hacer ruido!... El corazón parecía querer salir de mi pecho... Mis manos temblaban y daba vueltas como un autómatas, sin acertar hacer nada.

Nerviosamente comencé a vestirme; pero tan pronto cogía los pantalones de Pura, como pretendía ponerme sus zapatos Luis XV o sus medias de seda. Al fin, vestido o disfrazado—que de esto no recuerdo—fui a refugiarme a la habitación inmediata, mientras mi compañera dejaba franca la entrada al «camello» que ha labrado mi desgracia.

Sentí algo como una tempestad o el derrumbamiento de todo lo creado sobre mi sér al escuchar las voces del marido ultrajado. Mis piernas flaquearon, y caí arrastrando las cortinas y



Leyendo... ella, desprevienta, dormitaba boca arriba en una actitud indolente. El mudo entró en la alcoba con cautela y la demostró por señas la pasión que le devoraba.—¡Quisiera haber visto con qué le hacía las señas!

el bastón de bronce, que al caer hicieron un ruido infernal, rompiendo gran número de cacharros, amén de hacerme 23 bellos promontorios en la cabeza, además de que anteriormente por andar a oscuras ya me había arrugado un ojo y aplastado las fosas nasales. Esta tontería de paliza que me *diñé* yo solito me puso en mi casa... quince días en la cama. ¡Una juerga!...

Las voces de D. Roque se dejaron sentir cerca de mí, y los gritos de Purita no podían contener aquel energúmeno, que a toda costa quería saber lo que había ocasionado el ruido.

Hízose la luz y apareció ante mis deteriorados ojos el juez que me iba a juzgar y ejecutar:

—¡¡¡Perdón, caballero!!! — exclamé trémulo de miedo, pugnando por salir del laberinto de cortinas y sillas en que me hallaba sepultado.

—¡¡¡Cómo que perdón!!! ¿De que tengo que perdonarle, joven *melenas*? ¿De qué le gusta mi mujer? Nada, amigo; llévesela, que buena tecla se lleva. (Textual.) Ahora voy a hacer el inventario de todo lo que ha roto. ¡Y aquí no ha pasado nada!... Se va usted con mi señora..., y tan amigos. ¿No le parece?

Y dándome una palmadita en la espalda se puso hacer números con una tranquilidad pasmosa: Cinco de esto..., 15 de lo otro., 200 del jarrón de Sevres, no sé cuántas de las cortinas de damasco... Total: 1.000 pesetas, que tuve que pagar de chirimbolos; 200 de médico..., y, lo que más siento, cargar con una mujer que me hace andar con las botas rotas... y los codos en completo abandono, porque mis cuadros no dan de sí ni para sus esencias. (Una y no más, santo... lector.)

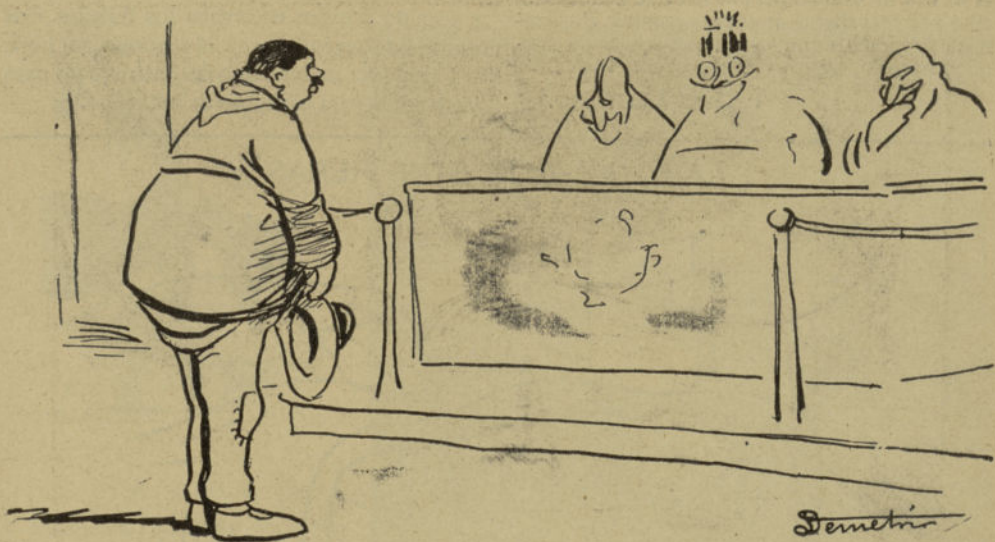
¡Ah, se me olvidaba!... Sólo te pido, como amigo, que no digas a mi mujer (vamos, a la



El. — ¡Infame; con mi mejor amigo!... ¡Con el que yo creía que te respetaba porque eres mi mujer.

Ella (llorando). — ¡Y bien puedes asegurar que me respeta. Todo el rato me ha estado hablando de usted.

ANTE EL JUEZ



Pos yo fui a la estación a por dos cajones de huevos, y allí me encontré al Felipe, que dijo que él también iba a por huevos; *güeno*, *pos* miramos los cajones *c'había* descargaos y dije: «aquí no hay más cajones que los míos» Por eso a *sío to*.



¡Eso es, perfectamente. Juega muy bien el lazo de la blusa con el color de las medias!

del otro) que yo escribo esto, porque como cree que estoy encantado de la vida, tendríamos un disgusto..., y no quiero, porque la pobrecita se tira al suelo... No por hacerse daño, no...; sino por mancharse la ropa y romper el calzado... Y, vamos, como esto repercute en mi anémico bolsillo, quiero evitarlo a todo trance.

F. GARCÍA SERRANO.

NO creo que exista un hombre más condescendiente ni de mejor carácter que mi amigo Pepe.

Tal vez ni en Cuba hallaríamos un temperamente linfático como el suyo.

Los más rudos golpes de la suerte no logran perturbar su serenidad, y lleva la filosofía de la resignación hasta el heroísmo.

Es mucho más fácil encontrar un prestamista con buenos sentimientos, o un barbero que nos sirva sin contarnos chismes de la vecindad, que hallar un hombre tan bondadoso como Pepe.

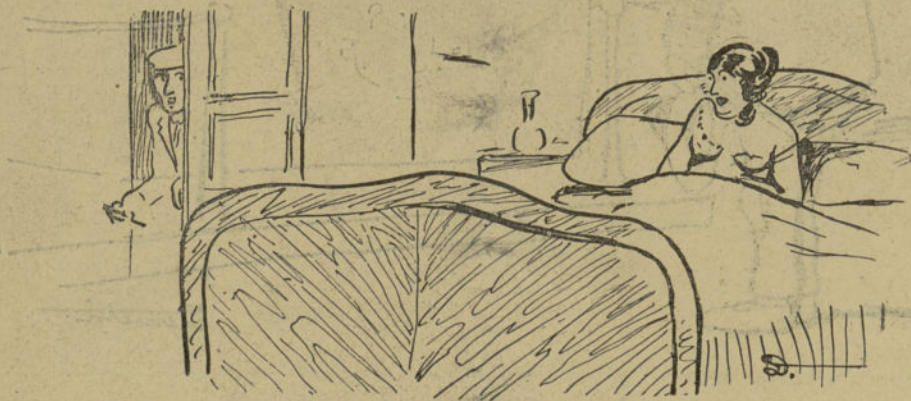
Podría citar numerosos ejemplos para llevar al ánimo de mis lectores el convencimiento de que es verdad cuanto llevo dicho; pero creo que bastará con ofrecerles la última prueba para que no alberguen ningún género de duda.

Poco amante del ruido de nuestras calles, decidió mi amigo instalarse, con su familia, en una torre que posee en San Gervasio. La tranquilidad del campo está en perfecta armonía con el imperturbable equilibrio de su cerebro.

Horticultor por afición, no quiso ayudarse de un hombre práctico para el cultivo de su jardín, a fin de evitar discusiones, y se contentó con tomar a su servicio a un muchacho joven y fornido, a quien encargaba los trabajos más rudos, retribuyéndole con 30 céntimos por hora.

La robusta musculatura del jornalero no pasó inadvertida para la esposa de mi amigo.

LAS HAY QUE SON FIERAS



La solterona (viendo entrar al ratero).—¡Ay, qué ladrón más guapo!.....

La pobre mujer establecía detenidas comparaciones entre amo y criado, de las cuales salía siempre perjudicado el primero, que, dicho sea de paso, parecía una alegoría de Cuaresma.

El otro día entró Pepe en el cuartito donde guarda los aperos de labranza, y se encontró a su mujer en coloquio amoroso con el criado.

¿Creen ustedes que trató de vengarse? Nada de eso. Procuró retirarse sin llamar la atención de los culpables, que no se habían dado cuenta de su momentánea presencia, y fué a sentarse en un banco de jardín, junto al lugar del suceso.

Pasaron unos veinte minutos, y cuando salió su mujer, se creyó en el caso de reprenderla, y así e dijo en tono amistoso:

—Otra vez no me entretengas tanto tiempo a ese hombre. Ya sabes que le pago por horas.

¡Me parece que mejor carácter!...

Luis Amores.

Compre usted los martes

EL FENÓMENO

Váyanse ustedes acostumbrando a la idea de que nuestro número extraordinario será una cosa estupenda.



LA JOËLA

Estupenda bailarina francesa que este invierno debutará en uno de los principales teatros de *variétés*.

El poder de la pluma

ACABABA de comenzar la «cuarta» en el Salón Romea. La orquesta dió al aire las jugetonas notas de las sevillanas, mientras que una salva cerrada de aplausos saludó la aparición en escena de la hermosa Olivares.

Estaba sencillamente divina: el cuerpo del vestido, con su escote muy bajo, dejaba al descubierto un pecho níveo y fresco, donde se señalaba el nacimiento de dos senos apretados y blancos; la falda, corta y ceñida, marcaba perfectamente las caderas, de deliciosa curva y atrevido avance, en tanto que la media de seda ajustaba una pierna correctísima y escultural. Peinada con raya al medio, sus cabellos de azabache caían sobre las sienes en una cascada de rizos, sirviendo de marco a su rostro de óvalo y a sus ojazos negros, muy negros, de mujer ardiente y soñadora.

La ovación fué indescriptible, sobre todo cuando a instancias del público la orquesta dejó oír los compases lujuriosos de un tango... Aquella criatura parecía de caucho; se retorció sobre sí misma, balanceaba con adorable vaivén sus caderas, llevando instintivamente al pensamiento los supremos instantes de placer infinito, centuplicados en sus brazos desnudos y en su boca de fuego. Una atmósfera de lujuria envolvía la sala; todo el mundo había sentido esa crispación que produce en los nervios la carne desnuda, hermosa y sonrosada, mil veces más deseable cuanto más incitante. Aquellos aplausos estruendosos, aquellos «¡bravos!» estentó-



reos, podían traducirse como el supremo grito del deseo ante el mágico poder del desnudo.

No tengo para qué decir que la hermosa Olivares contaba con una corte de admiradores donde figuraban desde el opulento viejo verde hasta el barbilampiño aristócrata, disipador de fortunas y cazador de honras. La hermosa *divette* poseía una colección de joyas cuyo valor era asombroso, objetos de arte por millares, y, sin embargo, nadie había logrado aún reunir el precio que ella ponía a sus caricias y a sus besos. Aquella noche entraba en Romea Pepe Romero, redactor de un diario madrileño, y tan *sobrado* de fondos como todos los que pertenecemos a la Prensa.



No estoy segura de si al empezar este garrotín se menea la terminación de la espalda... ¡Vaya, yo la agito cueste lo que cueste!

Enamorado con locura de la encantadora artista, la nzóse sin reparo a la empresa con el exclusivo bagaje de su *labia* y de su pluma. Cómo fué aquello nadie ha podido explicárselo aún; el caso es que, noches más tarde, los dos mantenían un animado diálogo, cuyo final era éste:

—Conque ¿quedamos en eso?—decía ella.

—¡Palabra, hermosa mía!—contestó él.

Y la *divette*, enlazando sus brazos desnudos al cuello de Romero, le ofreció sus labios, donde el periodista depositó un beso lleno de pasión, que quedó apagado entre los gruesos cortinajes del *camerino*.

Unos días después la Prensa toda se ocupaba de la hermosa Olivares, dedicándole bastante espacio en sus columnas; Pepe Romero era el autor de todo aquello; pidiendo a éste, suplicando a aquél, invocando la solícitud y el compañerismo, había conseguido aquella propaganda, que dió por telégrafo una contrata ventajosísima a la hermosa Olivares, y a él la posesión de la «muy deseada».

Ayer he tenido carta de mi compañero. Están los dos en París usufructuando los millones de un anciano aristócrata que ha puesto su fortuna a los pies de la hermosa artista, y ésta ha conseguido del opulento millonario una recomendación, gracias a la cual Pepe Romero es redactor de un diario parisién con 400 francos mensuales. El me lo dice:

—Chico: no hay poder que iguale al poder de la pluma. ¡Bendita sea!

Fernando de Urquijo.

EN EL CAFÉ

Entra un señor elegante en el café del Recreo, dando el brazo a una señora de las que sorben el seso y el bolsillo de cualquiera; toma la pareja asiento delante de un veíador, acércase el camarero y, solícito, pregunta: —¿Qué desean?

—Dos almuerzos, le contesta el señorito; pero tráelos al momento.

Después de limpiar la mesa, de colocar los cubiertos y poner el pan y el vino, pregunta el mozo de nuevo:

—¿Quieren puré de langosta, de guisantes, de...

—Yo quiero de primer plato tortilla —dice el señor—. ¿Y tú, cielo?— pregunta éste a la señora con el más meloso acento—, y ella, también con ternura, le responde: «Yo prefiero mejor que tortilla, sopa, porque no me entran los huevos.»

Eduardo Tur.



Ella.—Dice mi madre que no te quiera por que ella desea para mí uno que tenga mucho dinero.

El.—¿Y tú que dices a eso?

Ella.—Que la única que sabe lo que tienes tú soy yo, y que con lo que tienes tengo bastante.

CANTARES

Voy a escribir coplas
para que las cantes,
y las cosas que voy a decirte
no las sabrá nadie.

No las sabrá nadie
que no haya querido.
Ya verás cómo dice la gente:
—¡Qué viejo! ¡Qué antiguo!

¡Cómo van las mujeres
en el estío!...
Van muy provocativas,
amigo mío.

Al verte lloró una rosa,
y al preguntar la razón
me dijo: —Porque esa niña
es más bonita que yo.

Sólo por haber soñado
contigo, mi dulce dueño,
mandé hacer una novena.
¡Si me gustaría el sueño!

No me mires de ese modo;
mira que me comprometes,
y mira... ¡que no respondo!...

Mal un pintor retrató
a una *cocotte* parisién,
y al no encontrarse ésta bien
el retrato devolvió.
Al pintor la acción le ofende
y, cometiendo un abuso,
lo colgó en la puerta y puso
sobre el retrato: «Se vende».



Los dibujantes son al revés de todos los hombres. En esta postura me ha tenido ése más de una hora, rogándome que no me moviera. ¡Qué cosa más extraña!

ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

Cinco céntimos palabra.

Doncella: Se ofrece sabiendo lo que pasa donde hay señorito.

Ñño mío: Mañana recibirás carta de tu niña. ¡Qué ganas tengo de tener la tuya entre mis manos!—Nené.

Caballero solo desea habitación en casa de señora sola. ¡Maliciosos!

Alas señoras: Contra las grietas en los pechos los polvos *Viejo verdin*. Os pulverizáis la grieta con el *Viejo verdin* y a los cinco minutos no sabéis lo que os pasa de gusto que os da.

Señorita española, de veintisiete años, elegante y guapa, desea cambiar la lengua con caballero belga que quiera aprender el español.

Impotencia: Contra la impotencia no hay como hacerse la cuenta de que ya *no hay de qué*.

Unos recién casados hacen almoneda de su casa poniendo a la venta todos los muebles, que son casi nuevos; con lo único que se quedan es con la cama.

Hace falta oficiala en ropa blanca que haga primores en pantalones de encaje.

OMNIBUS Y BERLINAS

AL

SERVICIO DE LOS FERROCARRILES

Para la Estación del Norte, pedidos: Despacho Central, MAYOR, 32, teléfono 12

Para las de Atocha y Delicias, pedidos: Despacho Central, ALCALÁ, 12 moderno, teléfono 103

Recomendamos al público que no confunda el Despacho de las Compañías de M. Z. A. y M. C. P. con las demás Agencias.

GRAN PARQUE DE RECREOS EL PARAISO

El más céntrico de Madrid, en la calle de Alcalá. Temperatura agradabilísima. Grandes atracciones: *Sports, varietés, música, fiestas infantiles*

BAR Y RESTORAN

EL PARAISO es el punto de reunión de la buena sociedad madrileña durante el verano.

Abierto tarde y noche.

EL VIEJO VERDE

CRÓNICA MUNDANA

SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS - DIRECTOR: DEMETRIO

Arte, decencia y galantería :: Chismorreo de salones y saloncillos :: Colaboración de los más notables escritores :: Fotografías de bellezas ::

VENTA

Mano de 25 ejemplares... 0,75 cts.
Número suelto... 0,05 —
idem atrasado... 0,10 —

SUSCRIPCION

Subscripción en provincias, año. 3 pts.
En el extranjero... 8 —
En Madrid no se admiten subscripciones

ANUNCIOS

Línea del cuerpo 7 en las planas de anuncios... 0,50 cts.
Media plana... 35 ptas.
Plana entera... 70 ptas.
Línea del cuerpo 8 en las páginas de texto... 1,50 —

Descuentos por trimestre, semestre y año - Con grabados y fotografías, precios convencionales.

REDACCION Y ADMINISTRACION: FACTOR 4 - MADRID